

márgenes por fracturas distensivas; el volcanismo lamproítico estaría naturalmente asociado a la citada fase distensiva. Sin embargo esta interpretación conlleva diferentes problemas: no explica cuál fue la disposición tectónica distensiva que configuró las diferentes cuencas, ni su relación con la situación geotectónica regional, ni la transición del régimen compresivo al distensivo; no permite explicar razonablemente la disposición de los cuerpos lamproíticos; no explica la disposición de los diapiros de los materiales evaporíticos del Triásico; y por otra parte la gran cantidad de sedimentos acumulados en algunas de las cuencas (Las Minas-Camarillas, Cenajo) presenta notables problemas volumétricos de difícil justificación por una simple subsidencia prolongada, problemas acrecentados si pensamos en los diapiros salinos y los cuerpos volcánicos aflorantes y subaflorantes que también se han emplazado en las citadas cuencas. En resumen, es preciso crear espacio en un substrato recién compactado (pliegues y escamas creados en la fase intratorroniense).

Por todo lo cual proponemos una interpretación alternativa a la generación de las cuencas lacustres, como evolución natural del proceso de compresión general de la Cordillera Bética desarrollado desde el Serravalliense al Messiniense. Como hemos explicado anteriormente la actividad compresiva tortoniense se desarrolló principalmente en el sector en estudio mediante una faja de deformación dextra de dirección NO-SE que corresponde al sector central del arco Alcaraz-Hellín-Almansa. La deformación desarrollada en forma de pliegues y escamas sobre los materiales de la cobertera secundaria y terciaria en un estadio relativamente elástico continuó en el tiempo y en el espacio (hasta extinguirse gradualmente hacia el final del Messiniense) a lo largo de una faja 3-4 veces más ancha en condiciones más rígidas, con el mismo carácter dextro, guiada por las fracturas de zócalo NO-SE (como la de Socovos, sobre la que podríamos poner indicativamente el límite occidental de la zona deformada) creando nuevo espacio en la cuenca mediante todo un sistema de pequeñas fracturas que dan lugar a cuencas y subcuencas de morfología sigmoidal congruente con el movimiento dextro de transcurrencia a nivel de zócalo.

Este nuevo modelo interpretativo resuelve la práctica totalidad de los problemas planteados previamente:

—El volcanismo lamproítico se desarrolla a favor de fracturas profundas que garantizan su rápido acceso desde niveles mantélicos o de la corteza profunda, y se emplaza preferentemente no a favor de pequeñas fracturas más o menos locales, sino en el seno de las cavidades sigmoidales de espacio de cuenca recién creadas, es decir en las zonas más distensivas, o con más disponibilidad de espacio para su ascenso.

—Los diapiros triásicos, aún teniendo un origen mucho más superficial que los magmas, presentan una distribución sigmoidal aún más manifiesta que las lamproítas, dada su mayor abundancia. En el detalle se observa con precisión cómo los diapiros se acomodan perfectamente en su morfología y emplazamiento a las microcuencas creadas. Obviamente, el modelo también explica de una